

EL SERVICIO RURAL DE LA GUARDIA CIVIL Y
LA ACADEMIA DE GUARDIAS DE ÚBEDA EN
TWO MIDDLE-AGED LADIES IN ANDALUSIA,
DE PENELOPE CHETWODE

Por José Ruíz Mas
Profesor Agregado de Bachillerato
Licenciado en Filología Inglesa y
Diplomado en Traducción e Interpretación

Resumen

En el presente trabajo pretendemos llamar la atención sobre la labor de la Guardia Civil en las provincias de Jaén y Granada, y la presencia de la Academia de Guardias de Úbeda (Jaén) a principios de los sesenta, aspectos ampliamente tratados en *Two Middle-Aged Ladies in Andalusia* (1963), de Penelope Chetwode, escritora inglesa y esposa del poeta laureado Sir John Betjeman, obra ésta de gran popularidad en Gran Bretaña en la que relata sus aventuras por tierras giennenses y granadinas a lomos de una yegua, y en la que la Benemérita tiene el papel de personaje indispensable del paisaje español.

Extract

In this paper my aim has been to highlight the Guardia Civil's good work in the provinces of Jaen and Granada, and the presence of the Academia de Guardias de Úbeda at the beginning of the 1960's, both aspects widely mentioned in *Two Middle-Aged Ladies in Andalusia* (1963) by Penelope Chetwode, an English writer and wife of the Poet Laureate Sir John Betjeman. In this work, very popular in its day in Great Britain, Chetwode tells of her adventures thoroughout the provinces of Jaen and Granada on a mares back, inwhich the Guardia Civil plays an indispensable role as part of the Spanish landscape.

JUSTIFICACIÓN.

El relativamente reciente nombramiento de la Academia de Guardias de la Guardia Civil de Úbeda-Baeza como Hija Adoptiva de la ciudad de Úbeda con fecha de 29 de junio de 1989 es justa recompensa a la labor fructífera y callada de la Benemérita en nuestro país y más concretamente la de este Centro de Formación en sus respectivas ciudades hermanas, en las que dan continuo ejemplo de saber estar. Sirvan estas páginas como humilde homenaje particular a la Academia de Guardias, a la que me siento tan vinculado tanto personal como afectivamente.

«Es en verdad ridiculez que uno tenga amistad con el vino o con un caballo (...) Se requiere también la reciprocidad de amor ya que el amigo es amigo para el amigo».

SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Suma Teológica*, IIa, IIae, Q.23, artc. I.

INTRODUCCIÓN

A finales de 1961 una señora de mediana edad de nombre Penelope Chewode (1910-1986) recorre a lomos de otra «señora de mediana edad» llamada Marquesa una ruta no excesivamente conocida por los numerosísimos viajeros británicos o de otras nacionalidades, angloparlantes o no, que desde la Edad Media hasta nuestros días han visitado nuestro país. El recuento del viaje que «ambas señoras de mediana edad» efectuaron se convertiría en un libro titulado *Two Middle-Aged Ladies in Andalusia* (1),

(1) En su primera edición, John Murray, London, 1963. Para la confección de este trabajo he utilizado la edición de *Century Hutchinsonson Ltd.*, London 1989. Esta obra no ha sido aún publicada en castellano por lo que todas las traducciones son del autor de este trabajo. Una posible traducción del título podría ser «Dos Señoras de Mediana Edad en Andalucía».

publicado por primera vez en 1963, y de una gran popularidad en Gran Bretaña y otros países de habla inglesa que se mantiene hasta hoy (2).

Sin embargo no transcurre el viaje por «toda» Andalucía como el título quiere sugerir, quién sabe si con cierta pretensión comercial, pues es bien sabido que todo lo «andaluz» vende. No es menos cierto por otra parte que el recorrido transcurre por una zona poco frecuentada de Andalucía, ruta normalmente dejada de un lado por los hispanistas extranjeros que han visitado nuestro país y más concretamente nuestra región.

Ambas «señoras», Penelope Chetwode, de 51 años a la sazón, y «Marquesa», yegua de 12, parten de Íllora, provincia de Granada; pasan por Moclín, Colomera, Torrecardela y Pedro Martínez; siguen por Pozo Alcón, Quesada, Cazorla, Úbeda y Huelma en la provincia de Jaén, para volver a la provincia de Granada vía Montejícar, pasando de nuevo por Moclín, hasta llegar a Illora.

En esta localidad posee el Duque de Wellington una finca, Molino del Rey, a unos treinta kilómetros de Granada, «regalo del pueblo español al Duque de Hierro por expulsar a Napoleón de España» (3). Allí toma Penelope Chetwode prestada a Marquesa, yegua propiedad de éste, y, siguiendo el consejo de un matrimonio americano amigo, los Davis, decide «dirigirse a Cazorla, en la Sierra de ese nombre y (...) visitar Úbeda por su arquitectura» (4).

Tras proveerse de mapas de las provincias de Granada y Jaén, por cierto de pésima calidad; de libros de lectura, como la primera parte del Quijote

(2) Prueba de esta popularidad es el amplio número de ediciones y reimpresiones que ha tenido la obra desde su publicación en 1963. He aquí las conocidas por el que esto escribe:

— John Murray, London, septiembre 1963.

— John Murray, London, reimpresión noviembre 1963.

— John Murray, London, reimpresión noviembre 1963, (posiblemente más, las cuales desconozco).

— Readers Union/John Murray, London, febrero 1965 (posiblemente más, las cuales desconozco).

— Century Hutchinson Ltd., London, 1985.

— Century Hutchinson Ltd., London, reimpresión 1986.

— Century Hutchinson Ltd., London, reimpresión 1989, (posiblemente más, las cuales desconozco). Idéntidas ediciones para Australia, Nueva Zelanda y Suráfrica.

(3) CHETWODE: *Op. cit.*; pág. 4.

(4) *Ibidem*, pág. 14.

en inglés, *Gatherings from Spain* de Richard Ford (5) y de un diccionario; y tras tomar parte de un «tour» a caballo organizado por los alrededores de Alora (Málaga) a modo de curso de introducción a la «navegación equina» y con sólo un superficial conocimiento de nuestra lengua, se lanza a la aventura de recorrer los escasamente transitados paisajes giennenses y granadinos con la única compañía de su montura, a la que trata con cariño casi humano, así como la de otros viajeros que va conociendo por los caminos y ventas, sacerdotes, por los que siente verdadera devoción, patronos de pensiones y venteros, sus familias, guardias civiles y un largo etcétera.

Como es mujer devota, convertida a la Iglesia Católica en 1948, se hace acompañar también de un Misal, de un libro de San Pedro de Alcántara y del primer y segundo grados del Catecismo, ambos en español, que además le sirven para practicar la lectura de nuestro idioma. En todas las ocasiones que le es posible asiste a misas y oficios religiosos que tienen lugar en los pueblos que va visitando. Todo el libro está, por lo tanto, salpicado de comentarios y descripciones de visitas a iglesias, ermitas y santuarios, lo cual puede resultar excesivamente prolijo para un lector no tan interesado en la cultura eclesiástica.

Demuestra conocer y haber leído, no sólo la obra de Richard Ford y George Borrow (*The Bible in Spain*), hispanistas cuyos viajes Chetwode pretende emular, o *South from Granada* de Gerald Brenan, sino también a Washington Irving, la *Guide Bleu*, de la cual obtiene la información sobre Úbeda y comarca, y otros autores y obras menos conocidos.

Durante la narración de su viaje demuestra en sobradas ocasiones llevar la intención de comparar la España tal y como se encontraba cuando Ford y Borrow la visitaron en el siglo XIX, a cómo se la encuentra ella a principios de los sesenta. Dicha interpretación es sugerida por David Mitchell en *Here in Spain* (6);

«En Andalucía era aún posible, si se alejaba uno de la costa, encontrar aldeas, ventas y gentes muy parecidas a como habían sido en los días de Ford y Borrow. Tal fue la experiencia de Penelope Chetwode (...) Se alegraba que hubieran algunas mejoras —nada de chinches en las posadas,

(5) Editada por primera vez en 1846. Obra fundamental y popularísima entre los estudiosos de la literatura de viajes y el hispanismo basada en los comentarios y notas más afortunadas de *A Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home* (1845). Auténtica «Biblia» para Chetwode en lo que respecta a viajes por España.

(6) MITCHELL, DAVID: *Here in Spain*, Fuengirola, Lookout Publication, 1988.

débiles bombillas de quince vatios que apenas le permitían escribir su diario. Otras eran menos deseables —estrepitosas radios con flamenco del malo, feos platos modernos (...), regalos de boda exhibidos en ridícula demostración de orgullo sobre aldeanas repisas». (7)

Pero en general se encontraba satisfecha: la España eterna y paradisíaca a ojos del extranjero permanecía tan «primitiva» y «exótica» como siempre, como los viajeros/escritores románticos de mediados del siglo XIX, los conocidos con el nombre de «Curiosos Impertinentes» (8), la habían dejado.

Es más: Chetwode, que no disimulaba su admiración por Ford, «copió» de éste la idea de viajar a lomos de un caballo. También Ford se había lanzado, en 1832, a recorrer sobre una jaca cordobesa la Serranía de Ronda, Cádiz, Extremadura, Salamanca, Burgos, Galicia, Asturias y Bilbao para luego volver a Sevilla. Al igual que Chetwode, Ford leía el Quijote durante su estancia en España, sólo que éste lo hacía en castellano y en voz alta, mientras Chetwode lo hacía en inglés. Como puede, pues, apreciarse, Chetwode trataba de emular a Ford, si bien de forma más modesta. (9)

Hay que decir en honor a la verdad que la escritora no tiene «grandes» acontecimientos que contar a sus lectores. Se deleita sin embargo en describir, a veces con pormenores excesivos, situaciones de lo más prosaico, paisajes, monumentos y pueblos o cortijos por donde pasa, posadas o casas particulares en las que se hospedaba, los menús que le ofrecen, iglesias de todos los tamaños y sus oficios litúrgicos, llegando en alguna ocasión a señalar incluso el tiempo que dura tal o cual homilía:

(En Úbeda, 24 de noviembre, festividad de S. Juan de la Cruz)

«El conmovedor sermón sobre la Doctrina Divina de San Juan fue pronunciado por un fraile de Granada y duró treinta y cinco minutos». (10)

A lo largo de caminos y veredas Penelope Chetwode trata con viajeros, arrieros y labradores; conversa con dueños de hospederías, anfitriones, religiosos, guardias civiles, etc., con los que mantiene charlas normalmente intrascendentes, a veces incluso triviales —tampoco su conocimiento del castellano le daba para mucho—, pero que le permiten ir mejorando su conocimiento del idioma, del país y de las rutas que pretende recorrer.

(7) *Ibidem*, pág. 160.

(8) Para más información sobre los Curiosos Impertinentes, consultar ROBERTSON, Jan: *Los Curiosos Impertinentes. Viajeros Ingleses por España 1790/1855*, Editora Nacional, Madrid, 1976, Trad.: Francisco José Mayans.

(9) *Ibidem*, págs. 237-265.

(10) CHETWODE: *Op. cit.*; pág. 106.

Las posibilidades de aventuras proporcionadas por el bandolerismo que —temía— podían presentarse durante el viaje pero que otros viajeros y otros escritores extranjeros tanto ansiaban, eran ya nulas. El bandolerismo había desaparecido por completo para 1961, año en que Chetwode realiza el presente viaje. Incluso para 1953, según la escritora para 1955, éste era prácticamente inexistente, si bien en Inglaterra no se era aún consciente de ello. Prueba de esto es el hecho de que su marido, Betjeman (11), aún temía por la vida de la escritora. Así nos lo cuenta ella misma:

(En Colomera)

«Mi anfitrión era un hombre muy apuesto pero difícil de entender; después de insistirle en que hablara muy despacio, sin embargo, y repitiendo muchas frases, conseguí entender que había bandoleros en las montañas de los alrededores que entraban y exigían la mitad de la comida y dinero de la casa. Eran una gran molestia y en su mayor parte hombres del bando perdedor en la guerra, pero fueron eliminados finalmente en 1955. Le dije que mi marido había estado muy preocupado por el tema del bandolerismo ya que muchos ingleses tenían la impresión de que todavía abundaban en Andalucía. Me había escrito para suplicarme que me hiciera un seguro en un banco de Sevilla ya que él no tendría suficiente dinero para pagar mi rescate. Pero se quedó tranquilo cuando le pedí a Eudo Tonsen-Rye (12) que le escribiera diciéndole que ya no había peligro y que la gente de la tierra por donde iba a viajar era pacífica y respetuosa de la ley.» (13)

EL SERVICIO RURAL DEL CUERPO.

Es natural que tuviesen las «dos protagonistas» numerosas ocasiones de encontrarse a la Guardia Civil, al pasar tanto tiempo por caminos y senderos, por lo cual el número de ocasiones en que aparecen en la obra es muy alto y en muy variadas facetas. Como curiosidad de tipo lingüístico

(11) El poeta Sir JOHN BETJEMAN (Londres, 1906-1984) casó con Penelope Chetwode en 1933. Junto a Empson, Muir y Graves, Betjeman es un escritor encuadrado en el movimiento conocido por «Insularidad Consagrada». Poeta Laureado en 1972 tras la muerte de C. S. Lewis, de gran popularidad por su fácil lectura, expresa con cierto carácter intelectual y haciendo uso de recursos humorísticos una evidente nostalgia por la época victoriana, caracterizándose por su conservadurismo. Su obra principal es *Collected Poems* (1958), aunque su poema más conocido, de corte autobiográfico y escrito en verso blanco, es «Summoned by Bells» (1960) (Pérez Gallego, Cándido y otros: *Historia de la Literatura Inglesa*, Madrid, Taurus, 1988, 2 vol., pág. 324). A la muerte de Betjeman Ted Hughes fue nombrado por la reina Isabel II Poeta Laureado, distinción que aún conserva.

(12) Eudo Tonsen-Rye y su esposa Rosemary eran los administradores de la finca del Duque de Wellington en Illora (Granada).

(13) CHETWODE, P.: *Op. cit.*; pág. 24.

debemos mencionar que, normalmente, al referirse Chetwode a miembros concretos del Cuerpo tiende a utilizar el término «Civil Guard», traducción literal de «Guardia Civil». Si se refiere al Cuerpo como institución suele emplear el vocablo en castellano «The Guardia Civil». No obstante ella rompe esta regla en alguna que otra ocasión (14).

Con asiduidad Chetwode consultaba a los guardias civiles sobre las rutas a seguir para llegar a uno u otro lugar. Éstos le informaban de buen grado:

«(El guardia civil) me señaló el camino de herradura al pie del cerro a la derecha, el cual, me dijo, me llevaría a Torrecardela.» (15)

«(Me vi) obligada a retrasar mi salida pero entrada la tarde la lluvia paró y salió el sol por lo que continué mi viaje durante un par de horas siguiendo las indicaciones que me había dado esa mañana una pareja de guardias civiles. (...) Me dijeron que había un buen camino que daba la vuelta a un cerro azulado al este del pueblo llamado Cerro Hernando.» (16)

«Finalmente llegamos a Montejicar donde recibí excelentes indicaciones de un guardia civil en la puerta de su cuartel. Me pasaba por éstos siempre que me era posible ya que es deber de sus residentes conocer cada camino de herradura y sendero de cabras de su zona.» (17)

«(Todos los españoles), incluso los muy vilipendiados miembros de la Guardia Civil habían estado dispuestos a ayudarme.» (18)



Otra función que cumple la Guardia Civil, y que la escritora tiene sobrada ocasión de comprobar, es el control de viajeros y caballerías por los caminos y posadas del territorio nacional, requiriendo sus respectivas documentaciones como *la Cartilla del Guardia Civil* exige en su Primera Parte, artículo 17 del capítulo I («...de exigir la presentación de pasaportes...»); o el artículo 1 del capítulo IV, también en la Primera parte: «Cuando el Guardia Civil en el curso de su servicio ó cualesquiera otra ocasión tuviere que exigir á los transeuntes, el pasaporte ó pase, tendrá presente que el artículo 36 del Reglamento, y Real Orden de 21 de abril de 1845, le facultan para verificarlo en los caminos, y despoblados aunque sean militares de cualquiera graduación.» Igualmente ocurre con el artículo 36, capítulo III del

(14) Ver notas 24, 29 y 30.

(15) CHETWODE, P.: *Op. cit.*; pág. 28.

(16) *Ibidem*, pág. 123.

(17) *Ibidem*, págs. 146-147.

(18) *Ibidem*, pág. 148.

Reglamento para el Servicio de la Guardia Civil, que reza así: «El Gefe de toda partida de Guardia Civil ó cualquier individuo de esta fuerza que obre separadamente, se haya facultado: 1) Para exigir la presentación del pasaporte á los viajeros y transeuntes (...)» (19).

«Dudaba si de repente me había trastornado y estaba viendo un espejismo de un pueblo que no existía, pero volví en mí al contemplar lo real de una pareja de guardias civiles, uno extremadamente grueso, con rifles colgados sobre los hombros. Pensé que se preguntarían quién demonios era yo y que exigirían ver mi documentación así que comencé a recitar la parrafadita que Eudo me había enseñado: soy inglesa, estoy de viaje turístico a caballo por la provincia. Vengo de la finca de un duque inglés, el Duque de Wellington y Ciudad Rodrigo. ¡Esta es su yegua...! Muy bien, muy bien, dijo el guardia civil obeso y no me pidió papel alguno.» (20)

«Justo cuando me estaba quedando dormida tan feliz después de medianoche hubo un estruendo en el pasillo empedrado seguido de unos fuertes golpes en la puerta. Me incorporé de un salto y grité: «Adelante», mientras encendía la luz. Entró una pareja de guardias civiles con carabinas colgadas sobre los hombros, seguidos de mi patrón, turbado y pidiendo disculpas. Estaba emocionada. Por fin iba a poder enseñar los papeles de Marquesa: todos los caballos y mulas tienen en España documentos de identificación con los nombres de los ganaderos y cualquier cambio de propiedad, que queda en ellos registrado para dar facilidades a la policía en caso de robo. Saqué la bolsa de aseo de plástico escondida en las profundidades de las alforjas, extraje el pasaporte y los papeles de la yegua y se los ofrecí al bigotudo jefe de la pareja. Inspeccionó más tiempo e hizo bastantes más preguntas sobre los papeles de aquella que sobre los míos, a las cuales me esforcé en contestar lo mejor que pude. Luego quiso saber lo que hacía aquí por lo que comencé mi parrafadita: «soy inglesa, estoy de viaje turístico por estas sierras, vengo...» Durante mi recitado los dos guardias encendieron cigarrillos. Entonces el jefe comenzó a examinar mis pocos libros sobre el alféizar de la ventana. «¡Ah! veo que debe usted de ser católica pues tiene este Misal, ¿no?» «Muy bien, muy bien». Y se fueron todos de la habitación» (21)

(19) *Cartilla de la Guardia Civil*, Madrid, Imprenta de D. Victoriano Hernando, 1846, edic. facsímil, 1988, págs. 14 y 26.

(20) CHETWODE, P.: *Op. cit.*; pág. 27.

(21) *Ibidem*, pág. 39.

Sin embargo parecen ignorar el artículo 2 del capítulo IV de la primera parte de la *Cartilla*, que reza así: «Dentro de las poblaciones no debe ocuparse en exigirlos (los pasaportes) ni recorrer las posadas molestando á los viajeros, á menos que tenga orden de su gefe para indagar el paradero de alguna persona o que sepa se haya presentado en alguna de ellas algún

«(...) Continué mi viaje durante un par de horas siguiendo las indicaciones que me habían dado esa mañana una pareja de guardias civiles que inevitablemente me hicieron preguntas sobre mi identidad e intenciones.» (22)

«Mientras me tomaba el café después de comer un señor bajito y vivaracho de unos sesenta años de edad se acercó a mi mesa, hizo una inclinación, dió las buenas tardes y sacó un papelito del bolsillo superior y me lo ofreció. En él se leían las palabras: «Penélope Valentine Hester Chetwode. Nacida el 14 de febrero de 1910.» «Debe usted de haber conseguido mi nombre y fecha de nacimiento de la Guardia Civil, ¿no?» (23)

«A las 10,15 me despertó un miembro de la Guardia Civil que quería identificar mi identidad. Recité con tristeza mi parrafada por última vez: «soy inglesa, estoy de viaje turístico por estas sierras, vengo de la finca de un duque inglés, el Duque de Wellington y Ciudad Rodrigo...» Como siempre, pasó más tiempo estudiando los papeles de la Marquesa que los míos» (24)

También hace Chetwode recuento de los cuarteles que va encontrando a su paso, a los que visita con regularidad como lugar de contacto con la civilización, o en busca de cualquier tipo de ayuda. *La Cartilla del Guardia Civil* así lo estipula en su parte Primera, capítulo II, artículo 9: «...Ausiliará á los peones camineros siempre que reclamasen su auxilio...», o incluso en el artículo 12 del mismo capítulo: «Igualmente cuando en ellas (correrías ó patrullas) encontrare algún viajero perdido le enseñará el camino del punto á que se dirija...» Ambos artículos aquí citados también son aplicables, naturalmente, a las consultas que Chetwode hacía a miembros de la Guardia Civil sobre rutas a seguir para dirigirse a tal o cual lugar, ya comentadas anteriormente (25). Los cuarteles, decíamos, son lugares que la escritora gusta de encontrar y a ellos recurre en alguna ocasión:

«(...) Y después de atravesar crestas y tajos durante unos dos kilómetros llegamos a un camino que pasaba por un torreón de vigía de los moros,

individuo reclamado por la justicia, pues en estos puntos debe policía prestar este servicio.» (*Cartilla, Op. cit;* pág. 133).

Ignoramos si los guardias civiles enviados a la posada de Chetwode cumplían o no órdenes de sus superiores. Lo que sí es cierto por otra parte es que la escritora inglesa no era reclamada por la justicia.

(22) CHETWODE: *Op. cit;* pág. 123.

(23) *Ibidem*, pág. 142.

(24) *Ibidem*, págs. 149-150; ver nota 21.

(25) *Cartilla, Op. cit;* págs. 21 y 22.

un cementerio y un inmenso cuartel de la Guardia Civil antes de llegar a Moclín.» (26)

«(En Cazorla) Salí y compré unas medias de nylon, luego bajé al cuartel de la Guardia Civil para recoger el correo que Rosemary Tonsen-Rye tan gentilmente me había prometido enviar.» (27)

«Finalmente llegamos a Montejícar donde recibí excelentes indicaciones de un guardia civil en la puerta de su cuartel. Me pasaba por éstos siempre que me era posible ya que es deber de sus residentes conocer cada camino de herradura y sendero de cabras de su zona.» (28)

En alguna posada tiene la ocasión de conversar con alguno o tenerlo como compañero de mesa, como así ocurre en Pozo Alcón:

«La comida de las dos de la tarde consistió en un cocido muy rico, una tortilla francesa y melocotón en almíbar. Mis únicas compañías fueron un joven y apuesto oficial de la Guardia Civil y un ebanista de Baeza que decía que pensaba irse a Suiza a poner en práctica su oficio ya que tenía unos amigos allí y podría ganar más dinero.» (29)

O ver a alguno entre las autoridades en alguna procesión religiosa, concretamente en Bélmez de la Moraleda, en homenaje al Señor de la Vida, el 3 de noviembre:

«Inmediatamente detrás de la imagen marchaba Don Alberto con una blanca capa pluvial flanqueado por el Jefe de la Guardia Civil de uniforme a un lado y el Presidente de la Hermandad de Nuestro Señor de la Vida al otro.» (30)

LA ACADEMIA DE GUARDIAS DE ÚBEDA.

Las citas que seguidamente comentaremos son, a mi juicio y al de la escritora, las más interesantes del libro entre todas las relacionadas con la Benemérita, además de ser las más extensas. Prueba de la relevancia que Chetwode concede a su visita a la Academia es que el capítulo en que se encuentran éstas incluidas es titulado «Mass with the Guardia Civil» (Misa con la Guardia Civil) (31).

(26) CHETWODE: *Op. cit.*; pág. 19.

(27) *Ibidem*, pág. 91.

(28) *Ibidem*, págs. 146-147; ver nota 17.

(29) *Ibidem*, pág. 66.

(30) *Ibidem*, pág. 135.

(31) *Ibidem*, pág. 114.

Penelope Chetwode se encuentra en Cazorla el 23 de noviembre de dicho año de 1961 y decide partir para Úbeda para asistir a los oficios en honor a San Juan de la Cruz en el monasterio en que murió en 1591, en cuya iglesia anexa, San Miguel, se van a celebrar al día siguiente actos religiosos consistentes en una misa en la que participaría un coro de cuatro voces compuesto por frailes Carmelitas (cuyas voces agudas le recuerdan a Chetwode al cante jondo), para posteriormente pasar a un oratorio construido sobre la celda en que murió el santo y besar una reliquia. Al preguntar la escritora dónde yacía el cuerpo se le informó que se encontraba en la Catedral de Segovia, a donde fue llevado tras ser robado en 1593, suceso que inspiraría a Cervantes para escribir en el Quijote la aventura del cadáver del caballero de Baeza (32), como más tarde Chetwode llegaría a saber (33). Curiosamente Chetwode supo de la vinculación de San Juan de la Cruz con Úbeda por el santoral del misal de su propiedad, luego comprobado para la redacción de *Two Middle-Aged Ladies in Andalusia* con *The Life of St John of the Cross* de Crisógono de Jesús (34), así como, naturalmente, durante su visita a la Ciudad de los Cerros en la que confirmó la relación del santo con ésta. Sin embargo Chetwode parece no estar interesada en la categoría literaria del Místico puesto que la única referencia que se hace a su condición de escritor se produce durante la visita de la inglesa a la casa del cura de Quesada, en cuya estantería ve, entre otras obras de carácter teológico, las obras completas de Santa Teresa y San Juan de la Cruz (35). Mucho más interesada está Chetwode en la condición de religioso y de santo de Juan de Yepes que en la mística de su obra literaria.

Tras oír misa temprano, sale de Cazorla después de consultar el camino con un arriero, pero no sigue sus instrucciones al pie de la letra y eso le supone un retraso y un esfuerzo adicional considerable para un trayecto de sólo unos cuarenta kilómetros. Llega a Úbeda al anochecer y tras intentar sin resultado encontrar posada con establo para su agotada yegua, pide ser llevada al cuartel de la Guardia Civil como solución de emergencia.

«Me encontraba demasiado desesperada como para reír. Me volví hacia el joven y le ordené: “¡Llévame al cuartel de la Guardia Civil!” Así que

(32) Cervantes: *El Quijote*, Clásicos Castalia, Madrid, 1984, págs. 228-236.

(33) Para más detalles sobre la relación entre este suceso en *El Quijote* y el robo del cadáver de San Juan de la Cruz, ver VALLADARES REGUERO, AURELIO: *Úbeda en el Quijote*, Editorial de Cultura Ubetense, Úbeda, 1986, págs. 45-54.

(34) Crisógono de Jesús: *Life of St John of the Cross*, Longman, ?, ?.

(35) CHETWODE: *Op. cit.*; pág. 82.

nos fuimos para allá en lo que pareció un paseo de cinco kilómetros hasta las mismas afueras de la ciudad, resultando ser éste un enorme centro de formación. Pedí ver al Coronel y le supliqué que diera establo a la pobre Marquesa. Fue muy comprensivo pero lamentó que no era posible y me habló de una tercera posada en la que tendría cebada y paja abundante. Comencé en mi interior a maldecir la manía por la religión que me había traído aquí. ¿Cómo iba a volver a atravesar la ciudad a pie estando mi yegua y yo a punto de desfallecer? Entonces mi compañero me sugirió: Su suegro vivía en la calle de al lado y tenía un establo; iría a ver si podíamos quedarnos allí. Así pues para allá fuimos y resultó ser una casita al final de una calle ancha, sucia y sin asfaltar con el pretencioso nombre de Avenida del 18 de Julio (36).» (37)

Como fácilmente habrá podido imaginar el lector, ese «enorme cuartel» de la Guardia Civil, ese «importante centro de formación» se trata de la Academia de Guardias, que entonces estaba dirigida por un teniente coronel cuyo nombre era don Odón Ojanguren Alonso (38), y no por un coronel como escribe la autora. Este error en la graduación del militar puede deberse a tres razones:

Que no conociera las graduaciones militares del ejército español y no distinguiera por lo tanto entre teniente coronel y coronel («Lieutenant Colonel» y «Colonel» respectivamente) siquiera en su propio idioma. Esta razón debe ser descartada puesto que en Gran Bretaña y en inglés la distinción entre ambos empleos existe. Además, el padre de la escritora, Sir Philip Chetwode, posteriormente hecho barón en 1945 (y pasando pues a tener el tratamiento de «Lord»), había sido general de Caballería («Cavalry General»), mariscal de campo («Field Marshall») y comandante en jefe de los ejércitos de la India («Commander-in-Chief of the Army») (39), donde ella misma pasó parte de su juventud. Sir (o Lord) Philip Chetwode era además considerado héroe de la Primera Guerra Mundial. Penélope era asimismo nieta por parte materna de otro prestigioso militar, el coronel Richard Stapleton-Cotton. Frecuentaba las altas esferas de la sociedad británica (incluida la militar), teniendo incluso trato amistoso con la Familia Real. Es muy improbable, pues, que no conociera la diferencia entre ambas graduaciones

(36) Actualmente Avenida de la Constitución.

(37) CHETWODE: *Op. cit.*; págs. 103-104.

(38) RUIZ CASTRO, JUAN: *Diario de un Guardia Alumno*, Sevilla, Grafitálica, 1982, pág. 53. Libro clave para conocer «por dentro» la Academia de Guardias de Úbeda.

(39) HILLIER, BEVIS: *Young Betjeman*, Cardinal, London, 1988, págs. 367-405.

lo suficiente como para distinguirlas, familiarizada como estaba con la vida castrense.

Que debido al tamaño de la Academia ella considerara que no podría ser dirigida por otro que no fuera el empleo de coronel. No obstante ella continua durante el resto de la obra refiriéndose a don Odón como coronel, lo cual demuestra que no debieron corregirle el error, cosa por otra parte lógica tratándose de una extranjera.

La última, que considero más probable, se basa en los problemas lingüísticos que Penélope Chetwode tenía. Aún no dominaba el castellano suficientemente, y «Teniente Coronel» se corresponde a «Lieutenant Colonel» en inglés. La escritora debió no comprender la primera parte del empleo, «Teniente», ya que no tiene similitud formal con «Lieutenant». Hubo de asimilar únicamente la parte correspondiente a «Coronel», segunda parte del empleo, por su parecido a su equivalente «Colonel» en su idioma nativo.

Es casualidad que la Jura de Bandera de la Promoción núm. 34 de Guardias tenga lugar cuando Penélope Chetwode se encuentra en Úbeda, el 26 de noviembre de 1961. La Promoción núm. 34 había comenzado el 15 de septiembre del 61 y terminó el 15 de diciembre del mismo año. Constata de 411 guardias-alumnos, más 18 repetidores procedentes de la promoción anterior. Juraron bandera ante la Enseña de la Agrupación Blindada Alcántara núm. 15 de Guarnición en Jaén y tomó el juramento el capitán don Ginés Martín Peñalver (40). Chetwode tuvo ocasión de estar presente en la última Jura de Bandera que dirige don Odón Ojanguren ya que deja el mando de la Academia tres semanas más tarde, concretamente el 16 de diciembre del mismo año. Había sido Teniente Coronel Director de la 3.^a Academia Regional de Úbeda, así llamada entonces, desde el 24 de octubre de 1965, para ser relevado en el mando por don Camilo Álvarez Ruiz el 22 de diciembre del citado año de 1961 (41):

«Pepita me rogó que la acompañara a ella y a María al cuartel (sic) de la Guardia Civil después de desayunar, donde se celebraban unos actos que empezaron con una Misa en un inmenso y sumamente ventilado pica-dero. Unos quinientos hombres permanecían firmes durante todo el rato excepto en la elevación en que se arrodillaron como un solo hombre y la banda tocaba el himno nacional. Después de misa todos los guardias besaron la bandera y acto seguido hubo un desfile fuera y otro ante una auto-

(40) Memoria de las Vicisitudes de la Academia de Guardias de Úbeda.

(41) RUIZ CASTRO, JUAN: Op. Cit. Pág. 53.

ridad. El Coronel que conocí en mi primera noche en Úbeda presidió los Actos.» (42)

Los Actos hubieron de tener lugar en el Picadero («Riding School») que la Academia poseía, actualmente convertido en gimnasio en su totalidad a raíz de la desaparición de los caballos, y por lo tanto, de la parte de recinto que correspondía al picadero, y cuya historia nos resume el comandante Ruiz Castro (en la actualidad coronel) en su obra *Diario de un Guardia-Alumno* (43):

«(...) La Academia fue con anterioridad, curiosamente, un Cuartel de ese Arma (Caballería) de nuestro Ejército. (...) La finalidad de este Cuartel fue la de Destacamento de Doma; y aunque con el transcurso del tiempo todas sus instalaciones peculiares y específicas de este cometido han ido modificándose en aras de sus nuevas misiones, quedan aún algunos rasgos entrañables de su primitivo origen.

(...) El otro antecedente aún actual y también muy característico de su primitivo origen es la gran nave ubicada en el centro de la Academia y destinada hoy a Gimnasio y Picadero. Fue en su tiempo el recinto cubierto para monta más grande de España. Lo sería aún si no se hubiese adaptado como Gimnasio gran parte de él. Ni siquiera en la Academia de Caballería de Valladolid, cuna de este Arma, existe, según dicen, un Picadero así.»

La razón por la que la jura tuvo que realizarse bajo techado se debió al mal tiempo: o bien llovía o amenazaba lluvia. Sin embargo, para el desfile salen al Patio de Armas («Hubo un desfile fuera y otro ante una Autoridad»), lo que parece indicar que la lluvia, de haberla, no debió de ser excesiva. Nada nos dice la autora sobre el tiempo de ese día de Jura, pero sí hace un indirecto comentario al día siguiente, lunes 27 de noviembre, lo que reafirma nuestra teoría:

«Hoy, *cualquiera que fuera el tiempo*, tenía que bajar al glorioso valle del descomunal Guadalquivir.» (44).

Sobre el día anterior a los Actos de la Jura —sábado 25 de noviembre— Chetwode también comenta:

«*Después de llover durante toda la mañana el sol salió a rachas por la tarde*, por lo que salí a hacer algunas fotografías y ver gran cantidad de paisajes.» (45).

(42) CHETWODE: *Op. cit.*; pág. 114.

(43) RUIZ CASTRO, JUAN: *Op. cit.*; pág. 50.

(44) CHETWODE: *Op. cit.*; pág. 118. Subrayado mío.

(45) *Ibidem*, pág. 110. Subrayado mío.

No debió haber, sin embargo, suficiente garantía de buen tiempo para el día siguiente, y la Jura de Bandera a la que Penelope Chetwode asistió y que describe con precisión se celebró bajo techo, lo que naturalmente debió deslucirla. De no haber sido así y haberse realizado en el Patio de Armas como es normal cuando el tiempo acompaña, los Actos hubieran ganado mucho en vistosidad, espectacularidad y colorido. Es una lástima que un acontecimiento como es una Jura de Bandera en la Academia de Guardias de Úbeda perdiera, por culpa de la lluvia, una oportunidad de oro de quedar inmortalizada en su puesta en escena más favorable en un popular libro de viajes como es *Two Middle-Aged Ladies in Andalusia*, de Penélope Chetwode.

CONCLUSIÓN.

Como puede apreciarse, las citas referidas a los miembros de la Benemérita en alguna de sus numerosas facetas profesionales son abundantes. Tienen en la obra de nuestra autora inglesa una relevancia especial, no sólo por el número de ocasiones en que se les menciona, casi tantas como «Misas y Oficios divinos», sino también por el espacio que les dedica en cada ocasión: citas tanto o más numerosas y extensas para la Guardia Civil como para otros personajes del paisaje giennense y granadino. Podría decirse que, tras las mismas «señoras de mediana edad», son los verdaderos protagonistas de la obra debido a su omnipresencia por los campos y pueblos de la geografía patria. La Benemérita ha cobrado el papel de personaje eterno, constante e indispensable de cualquier libro de viajes por España; en éste no iba a ser menos.